

AURA Y AMADEO, APUNTE SOBRE UN PARENTESCO LITERARIO . . .

Por César Díaz-Muñoz Cormatches

RECIENTEMENTE conocí una clasificación literaria sorprendente: libros de cultura y libros de experiencia.

Ejemplo de los primeros, la producción de Aldous Huxley. De los segundos Knut Hamsun, Sinclair Lewis, etc.

Ocurre, sin embargo, como con las clasificaciones científicas frente a la naturaleza, en las que siempre se termina por encontrar una parcela de la realidad que queda fuera de todos los sectores comprendidos en la clasificación, que la literatura, viva y múltiple, en permanente proceso de realiza-

ción y cumplimientos, rehuye también los esquemas didácticos.

En efecto, para demostrarlo, ahí están los libros de fantasía.

De mera imaginación.

Recordamos, como ejemplo reciente, "Aura", de Carlos Fuentes.

Felipe Montero leerá un anuncio en el Diario que está concebido como específicamente destinado a satisfacer todas sus necesidades actuales. Se solicita historiador joven, ordenado, con conocimiento perfecto, coloquial, de la lengua francesa y con aptitudes para secretario.

Una voz exterior —personaje de la trama, que la va relatando— le anticipa que, venciendo perezas, inercias y derrotismo, irá.

La anunciadora, doña Consuelo Llorante, personaje viejo y contrahecho, encontrada, emaciada, la cabeza hundida entre los hombros delgados, lo recibe en cama, después de atravesar diversas habitaciones en penumbra, por las cuales lo guía una voz y cuyas puertas se cierran detrás de él automáticamente.

—Le ofrezco 4 mil pesos.

Si eso dice el aviso de hoy.

—Ah, entonces salió.

—Sí, ya salió.

—Se trata de los papeles de mi marido, el general Llorante. Deben ser ordenados antes de que muera. Deben ser publicados. Lo he decidido hace poco.

—Y el propio general ¿no se encuentra capacitado para...?

—Murió hace 60 años, señor. Son sus memorias inconclusas. Deben ser completadas. Antes de que yo muera".

Montero dudará.

La casa es extraña y oscura. Domina en ella un frío húmedo. Todos los muros están recubiertos de una madera parda, labrada al estilo gótico, con ojivas y rosetones. Se escuchan en esta atmósfera hipnótica, que recuerda a Poe, maullidos implorantes, vibraciones atroces, desgarradas, como de súplica agónica, y la actividad constante e infatigable de las ratas numerosas. A la señora Llo-

rente en su cama la acompaña una coneja viva, mastucando zanahoria.

Pero apatece Aura, la sobrina de doña Consuelo. Sus ojos verdes "fluyen, se transforman, como si te ofrecieran un paisaje que sólo tú puedes adivinar y desear".

Esta presencia lo decide, y Felipe acepta.

Así se inicia la acción. Mejor aun, ya iniciada, se desencadena en un vértigo alucinante de misterio y pasión. Entre incomprensibles ritualidades y extraños acontecimientos, más allá de las páginas amarillentas y sin conspicuo interés de los apuntes del general, va creciendo el deseo de Felipe por Aura. Sus ojos verdes y cambiantes lo atraen a ella con exclusión de todo lo demás. Y sus citas, sus confesiones, sus abandonos, donde el sueño se sobrepone —sin deslindarse jamás claramente— con la realidad, en difusos contornos arcanos.

En oportunidades, aun de intimidad amorosa, parecen estar las dos mujeres juntas, la viuda que ejercita un tiránico dominio sobre su sobrina, anulando su voluntad y sus ímpetus más entrañables, y Aura. En otras, se substituyen, inesperada y dramáticamente. A veces la viuda desaparece un día entero, dando libertad a los amantes para intimidad exclusiva.

El joven historiador ha llegado, en los manuscritos del difunto general, al pasaje en que éste relata su primer encuentro con doña Consuelo: «ella —escribe— avait quinze ans lorsque je l'ai connue et, si j'ose le dire, ce sont ses yeux verts qui ont fait ma perdition: los ojos verdes de Consuelo, que tenía quince años en 1876, cuando el general Llorente casó con ella y la llevó a vivir a París, al exilio».

¿Son una y la misma, Consuelo y Aura?

Estamos, como se ve, en el territorio de la pura imaginación, "esa zona del arte —di-

ce el editor— donde el horror engendra la hermosura".

Fuera, en todo caso, de la experiencia y de la cultura.

En camino propio y diferente.

En 1959 (si bien está fechado en Las Vertientes, fines de diciembre de 1954) la Editorial Universitaria publicó "El Sueño de Amadeo", relato breve de Caudío Giacóni.

En el prólogo del autor (un interesante y profundo ensayo, muy documentado además, sobre la narrativa actual) Giacóni, explicando "El Sueño", se refiere, entre otros factores de revalorización retórica después de 1945, al predominio del enfoque sobre la anécdota y al tercer personaje que no figura

en el cuadro: el pintor o sujeto-yo.

Nos ha parecido encontrar ambos factores en "Aura", donde la acción no parece entendida principalmente como suceder. Y de ahí al parentesco literario que intentamos apuntar entre Amadeo, el del sueño que le devora la infancia, y amantes de Aura, que, después de conocerla, no volverá a mirar su reloj, "ese objeto inservible que mide falsamente un tiempo acordado a la vanidad humana, esas manecillas que marcan tediosamente las largas horas inventadas para engañar el verdadero tiempo, el tiempo que corre con la velocidad insultante, mortal, que ningún reloj puede medir".